
NOTA INTRODUCTORIA

Hoy, la sociedad que George Orwell retrata en su novela *1984* ha cesado de ser una ficción de la literatura. La paradoja del absurdo de aquel mundo regido por consignas tales como “la guerra es la paz”, “la libertad es la esclavitud”, “la ignorancia es la fuerza”, es nuestra realidad cercana, nuestra historia presente.

1984 es la traducción literaria de aquel tipo de sociedad que, como señalara Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* exige como condición esencial el aislamiento y la ruptura de las relaciones sociales a fin de lograr su máximo objetivo: la articulación de la pluralidad y diferencia de los seres humanos en torno a una identidad común que anula todo resquicio de existencia libre y autónoma.

¿Cómo no reflexionar antes y después de *1984*, sobre el mundo orwelliano de *1984*? ¿Cómo no rescatar la advertencia del escritor para reconocer la realidad que hoy nos atraviesa y luchar contra las mismas cadenas que nos impiden visualizarla?

¿Cómo no intentar reconquistar el poder de una palabra y de un pensamiento que aceptan la existencia de un “otro” y la posibilidad de dialogar y confrontarse con él frente a la expansión de una dominación absoluta que, traducida en una doble lógica, no es sino la más paradójica de las esquizofrenias manifestada en el pensamiento, en el lenguaje y en la vida misma?

Tomando en cuenta lo anterior, el Centro de Estudios Sociológicos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales organizó, entre el 10 y 14 de septiembre de 1984, un ciclo de mesas redondas dedicado a analizar

desde diversos ángulos, el significado de *1984*, a la luz de nuestra propia experiencia histórica.

Una parte de esa confrontación crítica ha sido retomada en el presente volumen. Desde muy distintas perspectivas, los artículos incluidos destacan la lucidez con que la novela de Orwell analiza lo que es hoy el mundo contemporáneo. Pero también destacan, con vigorosa fuerza, que nuestro desafío —en contrapunto a la falta de horizontes que parecieran desprenderse de la lectura de la novela— consiste no sólo en defender y mantener el valor de pensar libremente, sino también en proponer caminos, inevitablemente utópicos, para el futuro próximo y lejano.

Gilda Waldman